

Discurso de introducción en el acto académico de los 75 años de la Sociedad de Cirugía del Uruguay

Quiso el azar que me toque inaugurar, como Presidente de la Comisión Directiva de la Sociedad de Cirugía del Uruguay, este acto académico conmemorativo del 75 aniversario de su fundación. Previsto para ser realizado en el día exacto de ese aniversario, en el pasado mes de setiembre, debió ser postergado ante las circunstancias complicadas de enfrentamiento por las condiciones de un nuevo convenio retributivo para los cirujanos que entonces atravesábamos. Hoy el festejo nos encuentra en una Facultad conmocionada por las demandas de mejoras presupuestales para los años venideros, con huelga de estudiantes y de funcionarios, que obligaron a quien habla a efectuar una temprana visita a este nuestro querido edificio para cerciorarse acerca de la factibilidad concreta de este acto en las circunstancias presentes. La encargada de la intendencia de la Facultad contribuyo con enorme amabilidad y deferencia a aventar mis dudas expresándome al mismo tiempo su pesar porque el estado del salón en el que se realizaron varias asambleas en los últimos días no es el que ella hubiera deseado. En este momento, este acto finalmente se ha hecho realidad. Pero no viene mal este accidental racconto de circunstancias para recordarnos que no celebramos nuestro aniversario en el Olimpo de las ideas puras, de las entelequias sin contaminar, sino en el mundo concreto de nuestro Uruguay de hoy, tironeado entre las nostalgias del pasado y las exigencias del futuro, que hace difícil toda planificación de escritorio, toda previsión de computadora.

El Dr. Praderi disertará con su versación reconocida sobre la historia de nuestra Sociedad de Cirugía, el Dr. Rodríguez Iglesias sobre los desafíos de su futuro. Permítaseme en esta introducción hilvanar en pocos minutos un par de ideas que estimo importantes para situarnos adecuadamente en el sentido de este aniversario.

En primer lugar, les pido valorar que al celebrar sus 75 años, estamos reconociendo que esta Sociedad viene acompañando la vida de la sociedad uruguaya en casi la mitad de su existencia como nación independiente. 75 años pueden parecer un instante en las sociedades milenarias del Oriente o en la Europa de nuestros días. Pero en una sociedad nueva como la nuestra, instituciones privadas, de creación voluntaria, con 75 años de vida ininterrumpida constituyen verdaderas hazañas. Pero son estas hazañas mantenidas las que moldean el tejido social y determinan la riqueza de su textura. Ya a mediados del siglo pasado, un insigne pensador hoy abundantemente revalorizado, Alexis de Tocqueville, hizo notar en su medular "La democracia en América" que la intensidad de la participación de los ciudadanos en una miríada de asociaciones voluntarias constituía la savia nutricia de la democracia norteamericana. Desde entonces, numerosos sociólogos y politólogos han destacando la importancia de este hallazgo. La asociación de ciudadanos que comparten un mismo interés, en el sentido lato de la palabra y buscan en ese "plus" asociativo soluciones a sus problemas arma en un haz ceñido los aportes de la creatividad individual y del

compromiso social, superando los escollos siempre presentes del individualismo maximizador de utilidad propia, exaltado en ciertas tradiciones liberales y de la permanente dependencia llorona del Estado, deformación de algunos ideales socialistas. Unirse para aprovechar lo mejor de cada uno y potencializar por la misma asociación y coordinación de esfuerzos las dotes y talentos personales es la mejor manera de concretar la vocación a la vez individual y social del hombre. Y la vigencia cada vez mayor de nuestra Sociedad, que ha asumido en forma progresiva por la mera exigencia de los hechos, nuevas responsabilidades y nuevos desafíos, es un testimonio cabal de la fecundidad de estos postulados.

En segundo lugar, quiero destacar que más allá de muchos aspectos accidentales –científicos económicos, laborales, educacionales– lo que nos une y cimenta nuestra asociación es el amor compartido por la cirugía, mucho más que nuestra habilidad manual, como ha sido sostenido recientemente por algún despistado, la cirugía es una vocación que une en forma armoniosa el cerebro y las manos, la mente y el cuerpo, el espíritu y la materia. El tratamiento quirúrgico de un paciente va mucho más allá de las técnicas de incisión, de exéresis, de reconstrucción y de sutura: se inicia con el diagnóstico preciso, continua con la discusión franca de las alternativas terapéuticas, con el acto quirúrgico en si y mirada de microdecisiones que implica, mucho mas importantes que las maniobras técnicas con la vigilancia atenta del postoperatorio y con la alegría de la recuperación de la salud o la pena nunca mitigada de los desenlaces fatídicos. Nos une la convicción de que la cirugía muchas veces cura, otras mejora la calidad de vida pero siempre constituye un servicio al paciente. No ha cirugía verdadera sin entrega a las demandas expresadas o tacitas del semejante que solicita nuestra ayuda: entrega de nuestros conocimientos, de nuestro tiempo, muchas veces incluso de nuestro tiempo de descanso, de nuestra deseada tranquilidad interior, tantas veces turbada por la emergencia recurrente de los problemas que estamos viviendo en nuestra práctica diaria. Mejorar la calidad de nuestra práctica quirúrgica es una exigencia siempre presente, pero por sobre todo no debemos olvidar nunca la importancia de la entrega personal en esa relación tan peculiar entre el cirujano y el paciente, en la que el segundo siempre conoce y reconoce al médico que realmente se compromete con sus problemas y los vive con casi la misma intensidad que el los experimenta.

Vigencia de nuestra Sociedad, amor y entrega a la cirugía: ambas ideas se autofecundan y se entrelazan en la historia de nuestra sociedad. Esperamos que continúen haciéndolo en el futuro.

*Dr. Luis A. Carriquiry
Presidente de la Sociedad de Cirugía del Uruguay
Octubre de 1995*